

Alberto Rojas Giménez

Siete capítulos

Del libro «Una Mujer»

Para Hedi Seubert en el cielo de
Baviera.

I

ME aburría en el cuarto, pequeño y sin calefacción, y decidí bajar y entrar en el café. Al atravesar la rue Vavin se me acercó un muchacho. Era René, un compatriota, invertido, estúpido y servicial que, como yo, vivía escribiendo correspondencias desde París para un periódico de América. La poca abundancia del dinero que ganábamos en nuestro juego de periodistas, hacía que nos habláramos con cierta frecuencia y nos prestáramos mutuos y pequeños servicios. Cambiamos algunas frases sin interés y, pasándome un billete de cincuenta francos, era él, ahora, quien cancelaba la deuda pendiente.

Nos despedimos y entré en «La Rotonde».

En el rincón del fondo, la tertulia era la misma de todos los días. Modelos sin trabajo, pintores contemplativos, cocotas que venían de levantarse. Hombres y mujeres para quienes la hora del café tenía la extensión de un elástico clavado entre el mediodía y la medianoche.

A la izquierda, el grupo de los rusos me dirigió el acostum-

brado saludo de amistad. Eran cinco, todos rusos, de largos cabellos y todos pálidos. En la sociedad que formábamos los habitúes, se les llamaba «los rusos eternos».

Nunca había yo hablado con alguno de ellos, pero, debido sin duda al tipo de mi rostro, pálido también y de largos cabellos y a mi camisa negra de cuello subido, «los rusos eternos» me consideraban un poco de los suyos, un poco ruso, y una simpatía de silencio y de distancia nos unía a través de las mesas.

A la derecha, los españoles ocupaban el sitio de siempre. Tenían la costumbre de juntar las mesitas para formar una sola mesa larga, en torno a la cual tejían la malla bulliciosa de sus discusiones y de sus gestos apasionados, alegres o iracundos.

En mi calidad de escritor, yo había trabado conocimiento con algunos de ellos. Los españoles eran doce y se decían revolucionarios. Al centro se sentaba don Miguel de Unamuno, quien permanecía en París a la espera de la caída y aniquilamiento de la monarquía de España.

Su rostro encuadrado por la barba gris, y que traía la páfina cobriza del viento del mar, recogida en la isla en que estuviera desterrado antes de su llegada a París, había palidecido en el trascurso de los meses que llevaba en la gran ciudad y un aire de cansancio creciente iba envolviendo sus facciones. A veces me parecía un Cristo envejecido y con lentes. Y la visión de aquella tertulia de doce hombres sentados en torno al Maestro, me traía siempre a la memoria el recuerdo de las estampas que representan a Cristo y sus apóstoles en la última cena.

II

Elejí una mesa solitaria y apartada y pedí un café-crème. El garçon me trajo, además, un sobre alargado y azul. Era de Lison. Como en todas sus cartas, las expresiones «cheri», «tesor cheri», «cheri aimé», se repelían a cada línea. Al final

de la página, el perenne rendez-vous que mi inconstancia dejaba marchitar como una flor olvidada en un vaso: «Te espero cada tarde, de cinco a siete».

III

La historia de Lison tenía el matiz amarillo quemado de las hojas que acongoja el otoño.

Infancia de gran familia, había jugado al volante junto a las estatuas de mármol que pueblan el Luxemburgo. Casada a los veinte años, con silenciosa resignación vió desaparecer en diez la fortuna que aportara al matrimonio.

De sus recuerdos del marido, emergía la imagen de un hombre grueso, alto, de ojos turbios y pesados.

A menudo había un revólver en las manos de este hombre, y de sus labios torcidos por la pesadumbre de los malos negocios, caía siempre la promesa desesperada: «querida, yo reharé lo que la suerte ha deshecho».

Los últimos años del naufragio habían transcurrido en un castillo a orillas del Marne.

En la soledad de los salones, en los que no floreció la risa de los hijos, Lison desgranaba el horario de la espera acordada a las ventanas por las que asomaba ya la tristeza incontenible y sin nombre.

Llegó la guerra y la desgracia de las mujeres se extendió sobre Europa. Viuda y empobrecida, Lison volvió a París y se instaló en un hotel de la rue Vaugirard.

Libre de un mundo en el cual había vivido como una sonámbula, un pintor armenio le descubrió un país desconocido. A la vida de los artistas tendió su anhelo y su melena de nieve soportó desde entonces el nimbo azul del humo de las pipas y cayeron en su oído las palabras extranjeras que traducen el amor de los hombres en las lenguas de cada raza.

Por sus gestos suaves y ondulantes, por su actitud de severa elegancia, entre los bohemios de «La Rotonde» se le llamaba «la marquesa».

La recuerdo siempre recostada en el diván, envuelta en la luz rosada de la lámpara, y no puedo olvidar el movimiento de lentitud con que acercaba a los labios su larga boquilla de marfil.

Largas horas de silenciosa ternura en que mis inquietudes se aquietaban en el vino dorado de Bordeaux y en la compañía de aquella mujer de primavera marchita y cercada de soledad.

Ella amaba la juventud de mi cuerpo, mis ojos sombríos y mi voz lejana, y yo encontraba a su lado la sencilla seguridad de un afecto comparable al que sólo ciertas bestias pueden ofrecernos en la vida.

IV

Con el pensamiento disperso, dejaba pasar el tiempo apretando en las manos la cabeza caldeada de mi pipa.

Recordé que llevaba en mi bolsillo un artículo inconcluso y me dispuse a terminarlo. Escribí tres o cuatro líneas, tratando de ordenar mis ideas, pero no lo conseguí. Una serie de pequeños detalles se fijaban en mi cabeza.

Un niño vestido de azul atravesó la sala y pensé que hacía ya varios días deseaba cambiar mi camisa negra por un jersey de aquel color. La idea del jersey me atrajo el recuerdo del mar, y con extraña nitidez surgió ante mí la visión de un barco pintado de rojo que había visto mucho tiempo antes en un puerto de Panamá.

La imágen del barco se desvaneció luego, y sólo fué en ese momento que mis ojos se encontraron con la mirada de aquella mujer.

Ella estaba sentada junto a una ventana y un gato dormitaba en sus rodillas.

Desde ese momento ella iba a ocupar un gran lugar en mi vida, y sin embargo la línea de su rostro, el color de sus cabellos y hasta el sonido de su voz no lograron fijarse en mi memoria sino muchos días más tarde. Sólo la expresión de sus ojos, su mirada profunda llena de inteligencia y de calor, me

anunció su aparición y el nudo en que iban a amarrarse nuestros destinos.

Me levanté, dejé un franco sobre mi taza y sin mirar a la desconocida salí a la calle.

Era la hora en que la niebla descende a borrar el contorno de las cosas y se encienden las linternas que guían el paso de los hombres.

Junto a la estación del metro me detuve. No tenía idea alguna preconcebida, y sin embargo comprendí que me había detenido para esperarla.

En el vano de la puerta, contra el fondo dorado de las luces interiores, mis ojos volvieron a encontrarla. Era alta y vino hacia mí con el andar lento y candencioso de danzarina sonámbula con que la veo aún cruzando los caminos del recuerdo.

Sin mirarnos, el uno junto al otro, sin hablarnos, acordamos el ritmo de nuestros pasos como si nada nos fuera a separar ya nunca más.

V

Comenzó a llover y entramos en el «Café Amis de Montparnasse». Junto a una botella de vino iniciamos la primera charla.

Se llamaba Ylse y era alemana. Conocía sólo algunas palabras del francés, y la conversación se hacía insostenible. Recurrimos a los dibujos. Creyó, en un principio, que yo era húngaro. Luego ruso o serbio.

Dije el nombre de mi país y le era desconocido. Tracé, entonces, el contorno de la América del Sur, señalé la posición de mi tierra, y así quedó ubicada para ambos la procedencia de nuestros destinos.

Sin embargo, bien sabíamos, ella y yo, que nada de esto tenía importancia.

VI

Había conocido a Ylse en la hora del hambre y del sueño, y como ella no tenía domicilio, compramos pan, salchichón y vino y fuimos a mi cuarto.

El hecho de que yo tuviera habitación la llenó de alegría.

No eres tan pobre, dijo.

Subimos. Ylse se quitó el sombrero y el abrigo con el gesto fatigado y lento de quien regresa de un largo viaje, y se sentó en la cama.

El recuerdo de nuestra primera cena no se ha apartado de mi memoria.

Bebíamos y comíamos con lentitud, casi sin hablarnos, mirándonos largamente para adivinar nuestros mutuos pensamientos.

A la luz de la lámpara, el rostro de Ylse parecía el de una niña de quince años. Sólo mucho tiempo después logré convencerme de que tenía veinticinco.

En las frases espaciadas y torpes de su conversación, aparecían trazos del pasado y de su miseria amarga y presente.

Era pintora, tres meses antes había estado en la Habana, no tenía a nadie, lo había perdido todo, y hacía muchos días que no dormía.

En este capítulo gris se abría para mí el libro de su vida.

Ylse se desnudó, se metió en la cama y me pidió un cigarro.

Yo me envolví en mi capa, llené mi vaso y me acodé sobre la mesa.

En la pieza vecina una mujer comenzó a cantar, y de la calle subía hasta nosotros el ruido largo y confuso de la noche.

Ella dijo:

—Pareces un ruso... Estás siempre triste.

Una hora después yo tenía un plan.

El vino se había concluido, hacía frío y me acosté.

Era para vencer la separación del sueño que, desde aquella primera noche, dormimos siempre tomados de las manos.

VII

Ylse dormía aún cuando me levanté y bajé a la calle.

Había decidido buscar un cuarto donde ella pudiera instalarse y ya veríamos más adelante cómo podría solucionarse su existencia en París. Pero para esto se necesitaba dinero; por lo menos doscientos francos. Ahora me preocupaba dónde encontrar esa suma.

Me quedaban treinta y dos francos de los cincuenta que René me había entregado el día anterior, y con René seguramente no podría contar para reunir el resto. Hice una lista de los amigos a quienes pensé recurrir, pero estaba cada uno tan lejos de la fortuna que hube de desechar mi propósito. No quedaba más que Lison. Ella era la única que podría ayudarme en esta ocasión y fui a verla.

Todavía no era medio día, Lison no se había levantado aún y me recibió sorprendida de verme llegar a una hora tan imprevista.

—¿Te has amanecido?

—No, Lison. He dormido en mi casa.

Ella no salía de su extrañeza.

—¿Quieres te?

Mientras hacía su toilette y preparaba el te, yo miraba a través de la ventana los techos erizados de chimeneas que la bruma eterna de París borraba en la distancia.

Del lado de Montmartre, contra el horizonte de humo, las torres blancas del Sacre Cœur emergían iluminadas con suavidad por el sol enfermizo del otoño. Y aquí, frente a mí, la cúpula majestuosa de los Inválidos y el cuerpo delgado de la Tour Eiffel aparecían azules, casi etéreos en la atmósfera gris de la mañana.

La mujer vino hacia mí para decirme las pequeñas palabras

de reproche de su ternura en abandono y, por la primera vez, yo deshice con mis manos el collar mimoso y tibio de sus brazos en torno a mis hombros.

—Cheri... ¿Estás disgustado?

—No, Lison, nada de eso.

—¿Qué tienes? Pareces preocupado...

—Sí. Necesito que me prestes doscientos francos.

Ella abrió el secretaire y sin decirme nada me pasó su saco de mano.

Tomé el dinero y me dirigí hacia la puerta. En el umbral me detuve para despedirme, y vi que ella me miraba llena de tímido asombro.

—¿No tomas el te?

—No, perdóname. Tengo prisa.

—Cheri...

—Cerré la puerta y bajé las escalas.

Para ver los anuncios de piezas en arriendo, entré en un café y pedí los diarios del día.

Había algunos avisos que podían ser útiles y me fui a buscar a Ylse.

En mi ausencia ella había ordenado el cuarto, mis libros y mis papeles, y tenía puesta una camisa, de seda roja que encontrara en mi baúl. Me miró sonriendo y dijo con sencillez:

—Yo no tengo una blusa...

—Está bien, Ylse. Es para ti.

Mostrándole los anuncios del periódico, le di a entender que debíamos salir para encontrar una pieza antes de la noche.

Pareció sorprendida.

—Una pieza... ¿y para quién?

—Para ti, Ylse. Después veremos cómo se arregla lo demás. Lo primero es una pieza...

Ella me miró largo rato en silencio.

Luego descolgó mi capa de la percha y la extendió sobre el lecho. Al reverso, en el sitio del corazón, estaba su nombre bordado en letras azules. En seguida me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta. En la tarjeta que yo tenía clavada

en la madera y que anunciaba mi nombre y mi calidad de escritor, leí bajo el mío su nombre completo: «Ylse Eubert, artiste peintre».

Ella había decidido unir su pobreza a la mía,
y comprendí que había entrado en mi vida
y en mi hacienda.

Hamburgo—París, 1925.